

121 La Gea, el Hombre y la Historia del Perú

(Visión Aprista del Congreso Económico Nacional
En Función de Nuestra Realidad)

POR
JAVIER PULGAR VIDAL

LIMA, 1947

UNMSM-CEDOC

122

La Gea, el Hombre y la Historia del Perú

(Visión Aprista del Congreso Económico Nacional
En Función de Nuestra Realidad)

POR

JAVIER PULGAR VIDAL

LIMA, 1947

UNMSM-CEDOC

El Congreso Económico

(Intervención del Diputado Sr. Dr. Javier Pulgar Vidal)

El señor PULGAR VIDAL.—Pido la palabra.

El señor PRESIDENTE.—El señor Diputado Pulgar Vidal puede hacer uso de la palabra.

El señor PULGAR VIDAL.—Señor Presidente, señores Representantes: De lo que acabamos de escuchar durante las intervenciones de los señores Diputados que me han precedido en el uso de la palabra, se desprende que el Congreso Económico Nacional tiene inspiración filosófica y social apristas; esto es, que en su estructura plantea y resuelve la doctrina de la emancipación mental indoamericana con relación a los gastados moldes y cánones del Viejo Mundo, dando paso a un auténtico pensamiento nacional que emana del conocimiento profundo y verídico de nuestra realidad. Y no podía ser de otra manera, pues el proyecto del Congreso Económico Nacional trae la independencia respecto de las ideas importadas; porque sus autores estamos persuadidos de que no podemos solucionar nuestros problemas con las soluciones adoptadas en otras latitudes; de que no podemos importar ni el nacional-socialismo de Alemania, ni el comunismo de Rusia, ni el esclavismo africano. Tenemos que hallar nuestras soluciones conforme a nuestro Espacio-Tiempo Histórico, tal como lo ha dicho nuestro Jefe, Víctor Raúl Haya de la Torre. (Aplausos prolongados). Pero esta independencia de los cánones del Viejo Mundo no será, no podría ser, el desconocimiento del valor de los principios universales de las ciencias puras, las artes y otras altas disciplinas del espíritu humano. porque ello constituiría la negación del progreso del Perú. Sólo debe entenderse como la proscripción de aquellas normas, principalmente políticas y económicas de las viejas culturas, que por corresponder a ciencias de aplicación, no concuerdan con nuestra realidad, y en consecuencia, no pueden funcionar en nuestro país. (Aplausos).

Todas las otras ciencias, todas las conquistas del espíritu, repito, se pondrán al servicio de nuestro pensamiento democrático, y portarán su valioso contingente a la gran institución que va a ser el Congreso Económico Nacional. Y así como las ciencias y las artes son siervas de la Teología, así lo serán también de la Política Peruana, para conseguir que se eleve el standard de la vida, que vengan mayores comodidades y que un nuevo sentido de justicia se difunda por todas partes, otorgando la paz y la felicidad. (Aplausos prolongados).

Así discurrirá nuevamente la Historia del Perú por sus ancestrales y verdaderos cauces, de los cuales fueron arrancados los hombres, las instituciones y los pueblos por el caótico estallar de la Conquista. Así volveremos a vivir nuestra propia Historia, pero Historia como un todo armónico, en el cual la grandeza del pasado preste raíces inmovibles a la tarea del presente cuya meta es alcanzar la realización de un destino superior. Una Historia que se inspire en el mandato de las viejas culturas a través de las cuales nos llega la voluntad y el vigor de los que pasaron, y que se desarrolla conforme a la naturaleza de nuestro territorio. Esto es, una Historia dentro de nuestro Espacio, dentro de nuestra Geografía, y ésta, no considerada como superficie bi-dimensional, sino con las dimensiones de Euclides: dentro de nuestra latitud, de nuestra longitud, y principalmente, dentro de nuestra altitud, que en el Perú es hombre, es producción, es diversidad de climas, de paisajes, de posibilidades y de actividades. (Aplausos nutridos en la Sala y en las galerías).

Nuestra Historia tendrá, en consecuencia, el escenario de una Geografía considerada conforme a los cánones euclidianos; y estará completamente conforme a nuestra concepción del Espacio-Tiempo Histórico, con la cuarta dimensión: la dimensión antropológica, suma y síntesis del hombre peruano en el cual bulle el espíritu ancestral que desde hace milenios vive dedicado a la noble tarea de forjar la Patria, tradición de la cual ha obtenido la fuerza creadora que es capacidad intelectual, moral y física de plantear nuestros problemas para resolverlos con nuestros propios medios, obteniendo así nuestras propias soluciones. (Grandes aplausos).

Señor Presidente: El Congreso Económico Nacional trabajará en nuestro territorio, y por eso, yo quiero preguntar —sin ofender a los señores Representantes ni al público— si conocemos nuestra realidad geográfica, si podemos realmente trabajar en ella, si podemos desarrollar un esfuerzo constructivo y racional. Ya sé, señor Presidente, la respuesta, porque en el país todos creemos conocer nuestra realidad. Muy pocos se callan cuando se trata de opinar acerca de ella, y, como honestamente creen que proceden con conocimiento de causa, yo quiero aclarar que la realidad que la mayoría conoce, ha sido inventada en cuanto al hombre, al territorio y a la historia. La realidad que podría-

mos llamar real, es para muchos desconocida. Hemos trabajado siempre a base de ficciones y de falsas generalizaciones; muchos elaboraron sus ideas sobre apreciaciones de autores que miraron con prejuicio nuestros problemas y que nos han dictado una serie de medidas y de cánones falsos. Y, por ello también, algunos de nosotros mismos, en ciertos aspectos, estamos trabajando a base de una concepción inventada que no hemos superado por carecer de un mejor sentido de nuestras responsabilidades, y por falta de espíritu patriótico.

Para penetrar en el fondo mismo del asunto, tenemos que volver nuestra mirada a las viejas culturas, a los pensamientos de otras edades que hasta nosotros han llegado a través de aquellos hombres que han permanecido alejados de las escuelas y fuera del alcance de las academias, heredando los valores ancestrales por la sangre y la tradición.

Nosotros, señor Presidente, hemos repetido ideas absurdas. En todos los libros de texto, en todos los grandes tratados, en los documentos oficiales, en los artículos y en la literatura, se ha deformado, como queda dicho, nuestras ideas sobre el territorio, el hombre y la historia. Asistimos, pues, al espectáculo de un Perú en que están, a un lado y en forma ostensible, el territorio, el hombre y la historia inventados; y, a otro lado, nimbados por la ignorancia, el territorio, el hombre y la historia reales. Y es en estas esencias reales que queremos penetrar para que así, el Congreso Económico Nacional no trabaje a base de ficciones y no adopte medidas inoperantes, sino que encamine a nuestra Nación por su normal derrotero, a expensas de las grandes conquistas técnicas y democráticas de la Humanidad. (Aplausos prolongados). Por eso, señor Presidente, permítame decir unas palabras aclaratorias sobre el medio geográfico: Según lo enseñado en las escuelas, aparece ante nuestros ojos como divididos en tres regiones naturales: la costa, la sierra y la montaña; idea forzada, contraria a la verdad y deformadora del pensamiento general, puesto que la encontramos en los libros que estudia nuestra juventud y en los que hemos estudiado nosotros mismos. Dice, por ejemplo, un texto muy difundido, que la Costa se extiende hasta un mínimo de 80 kms. a partir de la orilla del mar, esto es, que en algunos sitios, esta región llegaría hasta cerca de los 4.000 metros de altura. Por la desorientación que tales engendros han producido en las mentes, hay una verdadera crisis en cuanto a la apreciación de las regiones, dándose el caso curioso de los Arequipeños, que no saben, a ciencia cierta, si son costeros o serranos. (Aplausos y risas). Se ha elaborado también otra falsa concepción: la Sierra, región inventada que trasciende del marco geográfico a una desfiguración antropológica y social, pues se ha convertido en término despectivo que se prodiga como insulto, apreciándolo como sinónimo de subalterno, inferior y torpe; resultando así, la contradicción de que los hombres de las alturas, los que más se acercan al cielo, ocupan en el

concepto de la plebe de las ciudades costeñas, el más bajo nivel humano de la nación. Cuando en la fabla callejera, y aún en la cultura, se habla del serrano, viene a nuestra voluntad el anhelo de saber ¿de dónde procede ese habitante? ¿Dónde queda la Sierra? Otro libro muy conocido, que también es texto universitario, hace apreciaciones que verdaderamente dan grima repetirlas. Dice que la Sierra es un conglomerado absurdo, contradictorio e ininteligible, pues alturas diversas, climas opuestos, flora y fauna diferentes, se reúnen en una sola región. Nada es más anti-científico que tal afirmación, porque no puede considerarse como una misma y única región, los picachos helados y las tórridas quebradas. Y, si aún conservamos discreto el raciocinio, tenemos que rechazar la pretensión de llamar “Sierra”, como una sola región, a la reunión de cinco regiones naturales diferentes. También se ha dicho, enrevesando aún más el conocimiento geográfico, que la Sierra es el Ande, y que el hombre del Ande es el Indio.

Con esta instrucción, con estos conocimientos —y sin ánimo de ofender, porque nadie tiene la culpa de haber recibido enseñanzas erróneas— tales falsos maestros, con sus textos se han encargado de deformar los conceptos generales; y cuando se trabaja con conceptos deformados, deforme es también el fruto que se obtiene como resultado. (Aplausos).

¿Y la Montaña? El propio nombre se opone a la idea que expresa: cuando hablamos de ella viene a nuestra mente la imagen de una tierra llena de bosques; y, sin embargo, montaña quiere decir zona alta y escarpada. El vocablo deformado ha entrado muy hondo entre nosotros. Y es que, costa, sierra y montaña inventados, nos fueron impuestos junto con la Conquista supérstite en algunos aspectos hasta nuestros días.

Cuando los Conquistadores desembarcaron en nuestras tierras, al imponer su lengua impusieron sus conceptos: dieron nombre a las plantas por el parecido que ofrecían con las por ellos conocidas en la Península; y lo mismo sucedió con los animales. Su Geografía de costa, sierra y montaña fué trasplantada a nuestra Patria, lo cual es fácilmente explicable porque la lengua que hablaban era distinta de los aborígenes, no tenían buenos ni numerosos intérpretes, y en consecuencia, no podían conversar con los naturales, especialmente con los yungas del Norte de cuyos dialectos “sec”, “quignann”, “pesacadora”, dijera un cronista, años más tarde, que “eran lenguas más hechas para el estómago que para el cerebro”. En tales condiciones ¿qué pudieron los Conquistadores aprender de la ciencia geográfica indígena? ¡Nada! Y por eso la Conquista borró, olvidó la ciencia y la sabiduría tradicionales de los hombres que desde hace milenios ocuparon esta tierra y la conocieron palmo a palmo en la dura batalla de incorporar el desierto para convertirlo en campos floridos, de ganar las escarpas para transformarlas en huertos de promesas, de trocar las plantas ve-

nenosas en alimenticias. Ellos fueron los sabios que pusieron a cada sitio el nombre preciso y a cada lugar la denominación exacta; y no como ahora con nuestra modalidad egocéntrica y antropocéntrica, en que a los parajes de la tierra se les da nombre a capricho de cualquiera poniéndoles los de la persona querida, de la novela preferida o de los animales que se crían. No. Ellos al escoger denominaciones usaron palabras que eran la suma y síntesis de las características típicas del lugar. Por eso, para averiguar la verdad sobre la Geografía Patria, tenemos que hablar con los hombres que no han ido a la escuela y que conservan los conocimientos tradicionales; y también con los muertos a través de los nombres que ellos pusieron a los distintos sitios del territorio nacional. Aplicando esta nueva manera de estudiar, resulta que el hombre que vive en las lindes del mar nos dice que su región es la chala y que él es chalaco. El hombre que está más adentro, en la tierra pegada a los puertos, de los ríos, nos dice que él es yunga. El hombre que está en las tierras templadas, nos dice que es la quechua, y lo dijo así en las épocas incaicas, precisamente porque los chancas y los incas vivían en las tierras quechuas o templadas. Cuando al hombre de las tierras que quedan más arriba aún, se le pregunta de dónde es, nos dice que su región es la suni, o sea, la tierra fría: "Son tierras frías pero son buenas para que el hombre viva en ellas". A las tierras que están encima, que están más arriba, se les denomina "Jalca" o "Puna" y es precisamente por eso que hay un departamento que se llama Puno.

Todavía en la parte Sur de América; en Chile y en Bolivia, a ese mal que nosotros llamamos soroche, ahí, le llaman "apunarse", o sea, el mal de altura. Y finalmente, si preguntamos por las tierras que coronan las mesetas, con sus crestas nevadas, resulta que los indios las denominan "Janca" o "Razu" que quiere decir tierra blanca o región de las nieves eternas.

Bajando al otro lado del declive andino, por la vertiente amazónica, cuando preguntamos por el nombre de su habitante a los hombres que viven más allá de las yungas, ellos nos responden en palabras que han guardado la Historia: "Esta región se llama de la "Rupa-Rupa", o sea, región ardiente, que arde durante el día y vuelve a arder al día siguiente tras la tregua fresca y agradable de la noche. Y más allá, en las llanuras de los grandes ríos, en el dominio de los saurios y de los zancudos, está la última expresión del territorio: la octava región natural que los antiguos peruanos llamaron la región de los chunchos y que hoy denominamos la Amazonía.

Y todo esto lo sabemos porque hemos abandonado los datos de los textos que traían denominaciones importadas; porque hemos deseado adentrarnos en el alma de nuestra patria inquiriendo en todas partes, preguntando a los dueños ancestrales y no a los advenedizos. Hemos leído en el gran libro inédito de la Toponimia Peruana que pone en

cada región y en cada altura un nombre que la individualiza y distingue. Hemos recogido el dato científico que está desperdigado en el cuento y la leyenda, en el cantar y en la adivinanza. Hemos hablado así con el analfabeto-sabio, y con los difuntos cuyo acervo se guarda intacto en las huacas, las apachetas y las pacarinas. (Grandes aplausos).

Hasta las tierras que lindan con el mar llegaron los hombres de la primera edad, y los planos y desiertos abanicos de deyección de los ríos fueren convertidos en campos de cultivo y de abundancia. La fecundidad del suelo permitió sembrar el maíz, muy juntas las plantas entre sí formando un verdadero tapiz verde que entolda el suelo; y ya sea por esta causa o por la carpa de nubes que cubre el territorio ribereño, denominaron Chala, a esta región, que hoy llamamos Costa en castellano. Esta óptima tierra de oasis se dedicó al cultivo de semillas tropicales, obteniéndose grávidas cosechas de frutos que colmaron los trojes de las familias, permitiendo el desarrollo de pueblos prósperos y emprendedores que levantaron casas, palacios y templos, en todos los valles vecinos al mar. Tal ocurrió en el valle de Lima, en el cual —todos lo conocen— quedan muchas ruinas siendo la más importante la de Jicamarca o Cajamarquilla, en cuyo inmenso arcano parece adivinarse su antiguo objeto de gran necrópolis y de granero público hasta donde se llevaban los excedentes de las cosechas en los años de abundancia, en previsión para asegurar el normal abastecimiento de los pobladores del valle aun en caso de pérdida total de los cultivos. Y es posible que entonces no ocurriera lo que ahora, en que adquiridos por el Gobierno grandes cantidades de granos se malogran por falta de adecuados locales para su conservación. En los silos de otros tiempos y entre las arenas, como hasta hoy en algunas campiñas, se guardaban el maíz, el camote, la achira, los pallares y el ají y no faltaba comida para todos ni chicha que alegrara el trabajo en común. (Aplausos entusiastas).

Más arriba, en las yungas los antiguos peruanos lograron desarrollar el cultivo de los frutales traídos de las selvas: la chirimoya, la palta y la lúcuma. Aprovecharon el molle silvestre cuyos frutos color de coral ofrecen su carga de melaza para preparar la chicha que refresca en los primeros días y embriaga después. En estas tierras tenían sol todo el año y a pesar de las enfermedades, vencieron a la naturaleza trabajando las escarpas rocosas que yacen hoy como testimonios deslumbrantes en forma de andenes ciclópeos allí donde el hombre actual está ausente. Fué en las yungas en donde se aclimató la coca traída de la selva y en donde algunas especies de frijoles se incorporaron para hacer más rica y variada la alimentación popular. Y lo que hoy son abandonadas gargantas y chacras desiertas y roquedales sin utilidad, fueron campos habitados por hombres que almibararon sus comidas con el licor de los frutos del molle.

Más arriba, aprovecharon el suelo de otra manera: las tierras templadas, quechuas agradables y óptimas para el cultivo de los cereales como el maíz. Ellos no tuvieron la planta que hoy día adorna estas alturas: el trigo; no tuvieron, tampoco, la alverja que vino con la Conquista. Pero en cambio, tenía variedades leguminosas como el frijol y la numia. Por eso en estos lugares prosperaron los hombres mejor que en ninguna otra región. Allí podían vivir y desarrollarse en condiciones inmejorables: aguas que fluyen puras de los puquiales, tierras mullidas por las gramíneas que crecen cubriéndolo todo, chacras con frutos como el rayán y la gongapa. Es la tierra de la prosperidad y de la vida feliz. Las enfermedades allí no prosperan; por eso, en ellas, todas las ciudades tuvieron su asiento, principalmente las ciudades de la nación inca, a la cual los españoles por confusión llamaron quechua creyendo que constituían una raza aparte cuando, en realidad, solamente estaba formada por hombres que se habían ubicado principalmente en la región quechua.

Inmediatamente después se extienden las tierras sunis, en las que se desarrolló principalmente el cultivo de las tuberosas. En esta región los hombres transformaron al aksho amargo en la papa dulce y la shaca-shaca agria en la oca alimenticia y succulenta.

Cuando encontraron en las tierras altas de las punas los auchénidos, en grandes rebaños, los domesticaron. ¡Punas! que no sé por qué razón los escritores llaman "Tierras desoladas", "tierras mustias y temibles". Yo no he visto nunca una tierra más bella: patria de las lagunas, tierra de magnífico verdor, siempre alegrada en su horizonte por aves de plumaje blanco y rosado, bordeada por suaves cadenas de montañas, y en la cual pastan inmensos rebaños de airosas llamas y opulentas alpacas. Y por eso, en este territorio, en este mismo escenario en donde otrora prosperaron los grandes rebaños que sustentaron al imperio tenemos nosotros que buscar la solución del problema de la carne con la ayuda del Congreso Económico Nacional.

Más allá de las Jancas nevadas que alimentan a los riachuelos, que fecundizan a los campos con sus linfas heladas y guardan en las entradas de sus picachos el valioso tesoro de sus vetas de minerales preciosos, se repiten, los paisajes hasta que aparecen las otras grandes expresiones del continente nuestro: la Selva Alta, ubérrima, región que clama por hombres esforzados, y la Selva Baja expresión típica de las llanuras de América del Sur, que no son superficie sin volumen, sino varios planos a niveles diferentes que ofrecen junto a los ríos campos cenagosos, por donde discurren los grandes afluentes formando meandros adormilados; y luego, las restingas, pequeños lugares altos en donde prosperaron ciudades como Iquitos, Requena, Puçallpa. Después los altos, tierras un poco más elevadas sobre la llanura, no muy castigadas por las lluvias; y, finalmente, las tierras completamente torturadas por la acción de las aguas, los filos. En esas superficies es

donde vivieron las tribus selvícolas de otrora, y allí tendrán que realizarse, en los próximos años, la ganadería de la selva, a base de los estudios que de esa realidad haga el Congreso Económico Nacional. No podemos nosotros pensar en la solución del problema de la carne, si no creamos primero la ganadería nacional que no se va a hacer con los pequeños campos irrigados de la costa ni sólo con los altos campos de la puna. Tenemos que esperar que sea una realidad la incorporación de la Pampa del Sacramento y el Gran Pajonal; que se incorporen a nuestra realidad y entonces tendremos los millones de cabezas de ganado que necesitamos para alimentar a nuestro pueblo. (Grandes aplausos).

Este vasto y ubérrimo territorio, cuyo somero bosquejo acabamos de hacer, fué racionalmente usufructuado por el hombre del Antiguo Perú; fué aprovechado en todas y cada una de las posibilidades de sus diversas regiones naturales. Cada zona fué estimada en su verdadero mérito; a cada uno le extrajeron el máximo de su rendimiento: ora en frutos que la agricultura robó al suelo fecundado por el esfuerzo, ora en animales que la paciencia y la laboriosidad obtuvieron en las inmensas dehesas de pastos naturales y semi-cultivados. Todo fué empleado en beneficio de los hijos de la tierra peruana que así llegaron a ser felices, prósperos y justos. De idéntica manera, confiamos, los apristas, que el Congreso Económico Nacional, con elementos aptos, con una estructura eficiente, alcanzará el perfecto dominio del territorio; sugerirá los más operantes métodos de trabajo, para hacer patentes y radiantes las normas de Justicia Social que brillan en la Estrella de nuestro Gran Partido. (Grandes aplausos).

Así como se inventó un territorio, así también, se ha inventado un hombre, un poblador irreal, ficticio y deformador de nuestra realidad. Así se habla del hombre de la selva, como de un hombre inferior, como de un hombre sin condiciones morales, como un hombre que linda con el primitivismo, casi animal. Se habla de los andinos degradados, de los andinos o serranos que no han podido superar ninguno de los estadios culturales más primitivos, y se ha llegado irracionalmente a sostener que es preferible aniquilar al indio porque no vale nada. Se ha hablado del mestizo, se ha hablado de nosotros todos, como de seres despreciables: despreciados por los de abajo, y despreciados por los de arriba. Esto es, por los explotadores y por los explotados, por estar dispuestos a ser torturadores de los hombres de nuestra clase e incapaces de desarrollarnos hasta crear un futuro nacional de grandeza. ¡Falso, señor Presidente! Ello es otra premisa inventada por el interés, mantenida por la pereza y fomentada por las castas que quieren aprovechar de todas nuestras riquezas aunque nos hundan en el abandono, la ignorancia y la miseria. (Grandes aplausos). Ese habitante peruano inventado por la malicia de los hombres sin entrañas, es falso; y por eso yo quiero recordar cual es la realidad. El hombre de la Selva ha elaborado una consistente organización cultural y lo he dicho en otra

oportunidad en este mismo recinto, cómo de la comparación de los mitos de las tribus amazónicas con las mitologías griega y romana, dedujeron rasgos superiores en la concepción peruana. Dijo un viajero anheloso de disminuir al hombre selvático que en las orillas del Ucayali existían tribus que no tenían la concepción de Dios, pretendiendo demostrar así que esos pobladores ocupaban un estado primitivo; pero después se ha averiguado que esa tribu sí tenía la idea de Dios, pero que su nombre no se podía pronunciar a los oídos impuros de los extranjeros hasta después de varias lunas y que por tal causa aquel viajero realmente no llegó a enterarse de los muchos nombres con que esa tribu expresa la idea del Ser Supremo.

El hombre de la Selva tiene alto sentido moral; sus flechas envenenadas con curaré, sus armas mortíferas, las lanza siempre en contra de las bestias que él necesita para comer, en contra de la sachavaca o del paiche; pero cuando se trata de la guerra, el hombre nunca enarbola sus flechas: nunca sus flechas tienen veneno, y por eso, en las guerras de las tribus selváticas, la mortandad no es tan intensa como para diezmarlas. Han moralizado la guerra hasta el extremo de no envenenar a sus congéneres en un supremo esfuerzo de generosidad humana que nos deslumbró y ejemplariza. Ellos mismos nos ofrecen otros mil testimonios de superación cultural y yo no voy a ocupar la atención de la Cámara para explicarlos, pero puedo asegurar que la cultura de la selva en su vida material, en su vida mental y social, a pesar de su estado de aislamiento, de su vida de abandono, nos muestra un alto sentido de la moral y un ajustado concepto de la dignidad humana. Y quiero decir ahora en defensa de esa tribu calumniada de los Cashivos, que esos hombres solamente atacan a sus hermanos con fines antropófagos, cuando suprimidos todos los recursos para sobrevivir, no hay otro remedio que atacar o morir, exactamente como en la legítima defensa de los países civilizados, que admiten todas las legislaciones. No se trata de matar al hombre para devorarlo por el placer de hacerlo, sino para salvar al grupo social. Así queda demostrado que la antropofagia de las tribus cashivas no constituyen un signo de inferioridad, sino al contrario un nuevo testimonio de la grandeza de la selva. (Aplausos prolongados).

Del hombre andino se dice que es inferior que no pudo soportar el choque de la Conquista porque estaba corrompido. Se le achacan una serie de prácticas contrarias a la moralidad y, en realidad, tal como se ha estudiado, muchos de aquellos pseudo-vicios fueron exagerados por los vencedores y por los hombres que no supieron penetrar en el secreto de esos pobladores, muy reservados y muy sabios observadores de la naturaleza. En efecto, sabemos que las supuestas aberraciones eran prácticas genéticas para el perfeccionamiento de los auchénidos; prácticas eficientes que por haber sido mal interpretadas, fueron atacadas, combatidas y destruidas.

Sabemos que esa gente había alcanzado un superior estado económico expresado en tierras, casa, vestidos y alimentación, que les correspondía a todos por igual, y en medida suficiente para tenerlos complacidos. Ellos tuvieron también refinamiento artístico y cuando se asegura que fueron inferiores, se miente. Podemos probar lo contrario bajando a las tumbas a remover el polvo de los siglos y a descubrir objetos maravillosos, en Paracas, Batán Grande, Chongoyape, Cotosh. En esas huacas se encontraron joyas y objetos deslumbrantes de hombres que tuvieron muy alta concepción del arte, propio de nobles estirpes de agricultores afortunados. Esos hombres fueron superiores; sus herederos mantienen intacta la posibilidad de hacer obras de valor y aun más, porque su capacidad creadora está enriquecida por el fecundo aporte de la cultura cristiana. Y por tantas razones estamos seguros de que será radiante el porvenir de la nación a base de sus propios elementos, sin tener que importar soluciones de ningún otro pueblo de la tierra.

Se ataca al aborígen como a ser físicamente inferior: débil, degenerado, incapaz para el esfuerzo y doblegado por la fatiga. Quienes así razonan, aprecian como regla general algunos hechos anormales y olvidan que se trata de un hombre fuerte, sano, pleno de capacidad y resistente como ninguno, interminable: Nadie como él ha dominado todos los climas de nuestra variada Patria, nadie como él tiene amplio el pecho y generoso el corazón, con aptitud para respirar el denso aire caldeado del desierto costanero al medio día y la enrarecida y gélida atmósfera de las punas al amanecer. A este hombre nuestro del Perú le es familiar cultivar los campos de la Selva para adquirir al sagrada hoja de la coca, subir a trabajar en los suves y templados valles del maíz y el trigo, para trepar después hasta las cumbres, hasta más arriba de los cuatro mil metros sobre el nivel del mar y desplegar allí fecunda tarea en el sembrío, cultivo y cosecha de las tuberosas que rinden abundantemente entre los riscos que se ocultan allá en el domo azul. Hombre pleno de potencia, dueño y señor del territorio, comparable sólo al cóndor que anida en el remate andino y que desciende a comer de madrugada las presas que el mar arroja a las playas, que regresa al mediodía a alimentar a sus polluelos, y que cada tarde vuela majestuoso sobre los árboles gigantes de la selva en pos de otras carroñas. Y así como el cóndor es auténtico símbolo nacional porque es capaz de abarcar el territorio con su vuelo cada día, desde las cumbres al mar y al Amazonas, así también el hombre peruano recorrió y recorre el país desde las cumbres donde tiene su ganado a los valles costaneros donde allega jornales para llevar alimentos a su hogar, y desde las cumbres también desciende al país misterioso de las selvas siempre verdes a abrir los caminos, a talar los bosques y a fecundar con su trabajo la tierra virgen de la Amazonía.

Se dice que estos hombres tienen mente de esclavos envilecidos porque lo fueron antiguamente. Nada hay más falso que tal afirmación. Las obras del Perú-hispánico no se pueden apreciar como las pirámides del Egipto: ellas si fueron sudor y lágrimas de esclavos; nuestros monumentos fueron fervor y oraciones del hombre libre a la divinidad o fueron alegría y esfuerzo voluntario y racional de la colectividad puestos al servicio de la patria. No podía haber esclavitud en hombres que dominaban la tierra con amor, en gentes que hasta hoy, cuando se trata de hacer la tarea en conjunto, acuden todos: los hombres desarrollan el esfuerzo muscular, las mujeres portan la comida y los niños llevan las flores y los instrumentos musicales, y así, todos disfrutan de la alegría de la chicha y del baile que hacen placentera la tarea y deportivo el trabajo. ¡Qué esclavitud! ¿Cómo se puede hablar de esclavitud, tratándose de gente que vive del fruto de su labor? ¡No hubo inferioridad social! Ellos alcanzaron un estado que hasta hoy el mundo no ha podido conseguir: un estado que sólo en teoría, lo imaginaron los grandes filósofos de la edad media y que ojalá ahora con el poderoso instrumento nacional del Congreso Económico que nosotros tratamos de formar, podamos conseguirlo otra vez para volver a la justicia ideal que otorgue a todos abundancia y felicidad. Ojalá podamos realizar alegres y en conjunto las tareas en beneficio de la tierra nuestra. Ojalá todos nos sintamos hacedores de nuestro propio destino y nadie sea más y nadie sea menos. (Grandes aplausos en la Sala y en las galerías)...

El señor PRESIDENTE (interrumpiendo).—¿El discurso del señor Diputado va a ser extenso?

El señor PULGAR VIDAL (continuando).—Si el señor Presidente lo desea puedo acortar o si no, puedo continuar en la siguiente sesión.

El señor PRESIDENTE.—Prosigue el debate sobre creación del Congreso Económico Nacional. Puede continuar con el uso de la palabra el señor Diputado por Pachitea.

El señor PULGAR VIDAL.—Señor Presidente, señores Diputados: En la sesión pasada, mis compañeros de Célula que hicieron uso de la palabra nos hablaron ampliamente del significado, del contenido y de la trascendencia del Congreso Económico Nacional. Yo hice presente que se trata de una conquista peruana que consiste en libertarnos de los viejos moldes, los dictados y mandatos de Europa y que va a ser el elemento factor de nuestra Historia que había sido detenida por la Conquista. Expuse que a pesar de la sana intención de los hombres, hemos trabajado sin buenos resultados, porque hemos laborado dentro de órbitas falsas, con nociones ficticias y a base de ídolos de una reali-

dad inventada por unos cuantos hombres para su provecho personal. Así, tuve oportunidad de explicar ante la Cámara y el país, la forma cómo hemos venido elaborando nuestro pensamiento fundándonos en la invención de un territorio que nos separa en vez de unirnos, que nos antagoniza en vez de armonizarnos; a base también de la invención de un tipo de hombre inferiorizado, de un hombre subalterno, que por suerte no es el hombre peruano, que no es ninguno de nosotros mismos. Pero, señores, no ha sido solamente esto: también se ha inventado una historia o se le ha interpretado de una manera antojadiza. Y, por eso, hemos perdido el sentido de nuestro propio devenir; por eso nos hemos encontrado desorientados y desconcertados; y muchas gentes han pensado que el destino de la Nación sería tan sólo el caos. Pero nada de eso, felizmente es exacto: porque ni el territorio, ni el hombre, ni la historia inventados van a prevalecer, porque hay una nueva generación que vuelve otra vez al camino, que reencuentra nuestra ruta gloriosa, de acuerdo con nuestra propia realidad. Estamos planteando nuestros problemas para darles solución conforme a nuestros propios medios y a nuestros propios instrumentos. Y es seguro que, después de la aprobación de la ley del Congreso Económico Nacional, este magnífico instrumento, emanado de nuestro movimiento democrático, nos conducirá a un Nuevo Mundo de bonanza y prosperidad; y llegando a actualizar nuestra propia capacidad de realización conseguiremos para todos y para cada uno, la justicia plena a que tenemos derecho y que nos fuera negada durante tanto tiempo. (Aplausos prolongados).

Es de la Historia inventada de la que voy a hablar en esta tarde, aun cuando lo haré en capítulos breves, porque no lo permite de otro modo el espacio de esta sesión.

Todos sabemos, pues pertenece a la Cultura General y al dominio público, tal como se nos ha enseñado y todavía se enseña en los textos de historia, que el antiguo Perú fué oscuro, salvaje y bárbaro. Se nos ha hecho creer que fué Manco Capac el primer Inca, el hombre que trajo a esta tierra el elemento inicial de la cultura para ponerlo al servicio de los hombres primitivos que habitaban el país. Es lo que aprendimos, en general, como la única explicación de todo el pasado; pero felizmente, esta desfiguración ha caído en forma definitiva cuando las investigaciones arqueológicas probaron que antes de los Incas existieron elevadas culturas correspondientes a naciones que ocuparon todo el país, a pueblos que supieron dominar a la Naturaleza y de los cuales los propios Incas no tuvieron sino muy leves y pálidos recuerdos. Esas avanzadas culturas, esas viejas civilizaciones, nos abonan méritos, nos dan capacidad y nos permiten pensar que nosotros podemos continuar su destino de grandeza. (Aplausos).

No se trata de una Nación que tiene apenas unas pocas centurias, que tiene un Manco Capac de hace pocos años, casi pertenecientes a

los tiempos contemporáneos, civilizando a un país de bárbaros y de salvajes, a un país vacío. Se trata de una nación milenaria que poseyó realmente el territorio, que hizo florecer muchas culturas y convirtió una tierra estéril y difícil, en morada de alegrías, dehesas de rebaños y huertos de abundancia para el beneficio de pueblos amparados por la justicia y enaltecidos por el arte. (Aplausos).

Pero no basta desbaratar esta parte inventada de la historia. Se asegura también que los Indios, y que los hombres Mestizos que a expensas de ellos se desarrollaron, no pueden progresar; que no tienen aptitudes para hacerlo; que las disposiciones magníficas de las Leyes de Indias, fueron buenas ordenaciones de la justicia destinadas a hacer la felicidad de un pueblo y que sin embargo no pudieron ser aprovechadas porque los hombres no tuvieron capacidad ni estuvieron preparados para vivir de acuerdo con esas leyes.

Se dijo también que por dichas razones, estos hombres debían ser reemplazados y la concepción hizo carne y se adentró tanto en las mentes, que cuando se pudo reemplazar al indígena, se le reemplazó con el negro. Se trajo así a los esclavos, y más tarde, cuando acabó la Colonia, también se le siguió reemplazando, y se trajo al chino y tuvimos coolíes llenando las haciendas de la costa. Por eso es un mosaico racial gran parte de la población del Perú.

Se dijo que la libertad que trajo la independencia, no ha servido para desarrollar y enaltecer nuestra Historia, debido a la incapacidad de los indígenas y mestizos peruanos; pero no se ha querido reparar en que esa libertad de la Independencia se convirtió solamente en libertad de tipo político, principalmente en libertad para tener Estado independiente; y que ese Tratado no hizo la libertad civil de todos los hombres: continuó el coloniaje; tuvimos realmente un colonialismo supérstite y lo tenemos todavía en mucho de nuestra realidad.

Se inventó también una Historia según la cual se dice, por todas partes, que nuestros pobladores no sirven para conquistar la selva; que nosotros no podemos con nuestros elementos étnicos, con nuestros propios recursos individuales y personales, incorporar la Amazonía, incorporar las tierras boscosas del Oriente a nuestro patrimonio económico. Estas ideas de inferioridad han sido exageradas tanto, que ha llegado a ser algo así como un jocoso tema de discusión popular, y es posible oír que, con la mayor desvergüenza cívica y sin ningún pudor patriótico las gentes se permiten decir, refiriéndose a los destinos del Perú: "Esto no lo arregla nadie". En realidad: ¡Esto si se arregla; esto se puede arreglar! Tenemos elementos para hacerlo. Podemos hacer que la magnífica grandeza de otros días vuelva a florecer en nuestro país. No estamos en condiciones de pensar con el colonialismo retrógrado que debamos traer consejos, estructuras e instituciones de otros horizontes y de otras latitudes. Proscribiremos para siempre a los detractores de la Patria, y al que pretenda sembrar la planta envene-

nada de la discordia, la nación le negará su historia, su tierra, su ley y su cielo. (Grandes aplausos).

Es cierto que en el Perú prosperan muy bien las plantas traídas de otras latitudes, y también los animales de otros continentes, si es que se arraiga en lo hondo del suelo nuestro y si es que se adaptan al medio geográfico, pagándole el tributo de convertirse en variedades peruanas de las especies importadas. Es posible que en nuestra tierra llegue a florecer la papa que vuelva del Viejo Mundo, después de haber sido elaborada; es posible que crezca en nuestras tierras y que florezca; pero cuando tenga que salir del vivero para soportar el aire ágil de las cumbres, sucumbirá irremediablemente. En cambio, la vieja papa andina, la de las flores moradas, crece lozana, florece gallarda, y desde las orillas del mar hasta los picachos elevados, llena de abundancia las despensas de los hombres peruanos que la obtuvieron hace siglos por la conversión de una raíz venenosa en un fruto suculento. Así también las ideas elaboradas en otros Espacio-Tiempo Histórico, puede ser que subsistan en los agradables viveros caldeados por el fuego de la Capital y entre la ilusión del pequeño esfuerzo copiosamente remunerado; pero cuando tengan que enfrentarse con la nación, nuestra realidad lo destruirá y sólo seguirá floreciendo triunfalmente la doctrina que enarbola el Arco Iris como bandera y que siendo el mensaje elaborado por las viejas naciones del mundo, hunde sus raíces en el seno milenario de la Patria. (Grandes y prolongados aplausos).

En el curso de esta Historia Fingida que pretendían imponernos los detentadores de la Nación, el que tiene que ser rectificado por la investigación que hará el Congreso Económico Nacional, por medio de los trabajos que se realizarán en todos los lugares del país por cada uno de nosotros, por cada uno de los Representantes del Congreso Nacional y del Congreso Económico Nacional. Haremos el análisis exhaustivo de todas las áreas del Perú, hasta llegar al conocimiento de los problemas propios de todas las regiones, a fin de que con ese gran bagaje de conocimientos podamos plantear la resolución verdadera de la Cuestión Social Peruana. Y cuando el curso interrumpido de la Historia prosiga triunfal, remozado y superior, entonces podremos decir jubilosos que la Leyenda Negra ha terminado. Una Historia real es la que debemos evocar y escribir; tenemos que volver a preguntarle sus secretos a ese hombre que salió de las selvas de América del Sur, después de haber recorrido los bosques en busca de plantas que aprovechó y cultivó en los campos fecundos de las playas limosas del Amazonas y sus afluentes, que nos hable del misterio de aquella gramínea que él transformó en maíz. De aquella planta de raíces amargas que él domesticó y convirtió en la espléndida y alimenticia yuca. Que nos refiera la larga jornada de cultivar y perfeccionar el shaque astrigente, hasta convertirlo en pituca comestible. De cómo subió a las tierras templadas llevando el mensaje de frutos dulzones que él trans-

formó luego en almibares exquisitos. De cuáles fueron sus rutas: ¿Marañón? ¿Huallaga? ¿Ucayali? De cómo ascendió a los altiplanos y arrebató a los jircas el tesoro de las papas harinosas, las dulces ocas y los ollucos agradables, de la quinua multicolor y del cárdeno tauri. De cómo sustrajo al sol sus rebaños dorados de vicuñas, de albas alpacas y de llamas grises. Y, de cómo, en fin, desde las selvas hasta los cerros nevados, pobló de descendientes la tierra prometidora y abundosa.

Que nos diga la Historia Real de cómo nuestros antepasados descendieron de las cumbres heladas hasta el llano costeño, dominando los secretos del mar, dando origen a prósperos pueblos que emplearon las horas libres en altas elaboraciones de las artes, cerámica, textil y orfebre. De cómo difundieron el llama en toda la tierra peruana y lo perfeccionaron hasta el grado de haber sido considerado más tarde por los cronistas españoles como el cuadrúpedo más útil de la tierra, pues ofrece fuerza para el transporte, fina lana, sabrosa carne, pieles primorosas, cueros resistentes y combustibles de altas calorías. Que haga luz sobre los métodos que sirvieron para aprovechar los campos hoy sepultados por las arenas de los desiertos del litoral, y que surja de la nada el recuerdo de los huertos de chirimoyos, lúcumos, mameyes, paltos y ciruelas que hicieron las delicias de las masas pretéritas y de los tumbos, pepinos, purus y shauintos que liberalmente brindaron sus frutos en todas las cercas de las chacras y al borde de los caminos murales y de los canales de regadío.

Y de cómo, ya plenos de abundancia y dueños del sosiego, se instalaron regimiento en todos los valles de la costa, llenándolos de templos, palacios, fortalezas y pueblos como Chanchán, Paramonga, Jicamarca, Pachacamac y Tambo Colorado. De cómo volvió el hombre a trepar el acantilado de los montes, robándole espacio a las rocas para colgar los andenes en el lomo estéril de los cerros pétreos. De cómo hizo canales desde lejanas fuentes y lagunas para irrigar las tierras templadas y transformarlas en parcelas limitadas por árboles y sembradas de comida. De cómo allá en las estrechas gargantas de las frías sunis canaizó los riachuelos, hizo corrales increíbles para encerrar la capa mezquina de suelo que protegió como tesoro y como fuente de mieles y manjares que obtenía del cahui de las tuberosas y de las uvas grosellas de los arrayanes.

De cómo subió hasta los llanos que techan nuestro Ande; de cómo para hacer más numerosos los rebaños, desvió los ríos y riachuelos a las pampas, hizo bofedales y oconales a voluntad; y de cómo, habiendo obtenido nuevos pastos, las ovejas de la tierra llenaron de riqueza los yermos collados de las punas.

De cómo regresó a la selva madre, en busca de la hoja mágica que libera de la sed, la angustia y el cansancio: de la hoja que avisa el destino y distribuye el optimismo y que la aprovechó, no como vicio destructor, sino como energético para dominar las alturas y merecer el

don del Perú. De como en la selva extrajeron el oro para ofrecerlo a la divinidad como símbolo de fe inmarcesible; del oro como elemento incorruptible y no como vil moneda corruptora.

Y, de todo el relato cargado de grandezas, aprenderemos los hombres del Perú Aprista que una Patria legendaria nos ha sido entregada en herencia, que todos debemos a ella nuestro esfuerzo y que el Congreso Económico Nacional tiene como meta darnos a todos los peruanos la nueva riqueza, la que proceda del esfuerzo nacional, de un Estado Técnico y de una Nación Democrática. (Grandes y prolongados aplausos).

Completaremos la conquista de la Costa llevando a su término las irrigaciones de los valles que desaguan en el Océano Pacífico. Incrementaremos la irrigación de las tierras templadas de la quechua que ofrecen al hombre el más perfecto habitante. Ascenderemos a las punas y a las jalcas para transformar los pastizales de gramíneas silicosas, que no alimentan al ganado, en forrajes que tengan gran valor nutritivo, para que otra vez las tierras altas se animen al contacto de rebaños ágiles y silenciosos, que transforman en carnes y en fibras textiles las espontáneas yerbas de los pantanos, riscos y collados.

Si en el choque de la Conquista, y en la severa y dura Colonia, cayeron cercenadas las cabezas de los hombres dirigentes del pensamiento incásico, y las de los hombres que guiaban a las multitudes, con la consiguiente desorganización política del Imperio, nosotros instruiremos de nuevo a los hijos del Pueblo para que resurjan los dirigentes y desaparezca el servilismo mental que los indígenas y mestizos heredaron de los esclavos.

Si por la malicia y el dolo, de hombres explotadores, lo que era institución social de colaboración y ayuda digna, se convirtió en el humillante yanaconaje de hoy, nosotros restauraremos la excelente práctica tradicional de los yanaconas en su justa medida, a fin de que otra vez los hombres más aptos puedan prestar su auxilio a los menos capacitados, en un despliegue de actividad fecunda entre gentes pares e iguales, sin asomos de explotación ni servidumbre, liquidaremos para siempre toda posible esclavitud. (Grandes aplausos).

La desorganización social que engendró la Conquista al desbaratar el Ayllu, y con él, el equilibrio económico y político debe ser suprimida, canalizándose de nuevo las energías de los hombres, en el sentido de alcanzar un estado común de abundancia, igualdad económica y dignidad humana. (Aplausos prolongados).

La agricultura, que fué detenida, tronchada y disminuída, debe otra vez recobrar el vigor que alcanzó, mejorada por los métodos de roturación del suelo, apertura de canales, incorporación de nuevas especies vegetales, y por medio de la conclusión de aquellos procesos de domesticación de plantas que fueron detenidos, y que incorporarían varios vegetales más al patrimonio económico de la Humanidad. Así, la

generación presente podrá dar culminación al proceso selectivo del tauri, leguminosa tan reciamente dotada por la naturaleza, que le es posible resistir la inclemencia de las punas, y que, cuando cobre amplitud su cultivo, permitirá la incorporación de dilatadas regiones, hoy baldías, a la agricultura nacional. Y con ello, un nuevo y rico alimento bajará de las cumbres a reemplazar a los débiles productos alimenticios que ahora traemos de allende los mares.

Sucumbió también la ganadería, y los millones de auquénidos que proporcionaban carnes, grasas, pieles y lanas. desaparecieron totalmente de las tierras cálidas y templadas, y se refugiaron en los páramos helados del Centro y Sur del Perú, privando a la población de alimentos y vestidos. Hoy recorremos las jalcas de Cajamarca y La Libertad, y las punas de Ancash y de Huánuco, sin encontrar ni un solo ejemplar de los carmelídos peruanos; y los que quedan desde Junín hasta Puno, por el abandono, la falta de selección y el empobrecimiento de los pastos, se han convertido en animales raquíticos y de escaso rendimiento. Pero el Congreso Económico Nacional se encargará de buscar, otra vez, en los rebaños oriundos el sustento para los hijos de la Patria, de abrigarlos con suntuosas lanas, y de dar nacimiento a un floreciente comercio con las naciones extranjeras que reclaman ansiosas las pieles de alpacas y vicuñas.

También la Minería fué desfigurada, y de honesta y adecuada actividad encaminada a complacencias espirituales, se convirtió en meta de la ambición de los Conquistadores, que a cambio de plata y oro des poblaron los campos, reduciendo las áreas agrícolas y mermando los rebaños. Esta industria, en la Colonia, hizo conocer al Perú en todo el mundo a la par que discurría el caudal de los tesoros, que dueños inescrupulosos y arrogantes gastaron en saraos y caprichos. Y surgió con tintes de leyenda la frase célebre: "¡Vale un Perú!"; pero, detrás de ella quedaba un reguero de sangre y de dolor. Si valió un Perú para quienes no trabajaron los metales, si valió un Perú no para los peruanos, haremos nosotros que en lo sucesivo la Minería nacional valga un Perú para nosotros mismos, y que acabe para siempre la injustificada miseria de los obreros mineros, que siendo foriadores de millones, viven todavía en tugurios sub-humanos. (Aplausos prolongados). Pero nosotros iremos más allá, lo queremos, tratamos de hacerlo y haremos, que el oro se extraiga no sólo del légamo amazónico, ni de los filones andinos, sino que se extraiga de los campos de dorados frutos: que se extraiga del sutil pensamiento de los hombres instruídos, y del esfuerzo creador de los obreros eficientes. (Grandes aplausos).

Como dejamos dicho, los campos de coca que los antiguos emplearon como reservas de energías para estimular la acción humana en las arduas tareas del bien colectivo, fueron transformados en haciendas de explotación comercial; y el chacchar, que fuera costumbre benéfica, desfigurándose, se convirtió en práctica viciosa. Y en el desbara-

juste espiritual, que significó la sustitución de las creencias religiosas en el momento anterior a la captación de las supremas excelencias del Cristianismo, la magia y la superstición sentaron reales en las mentes indígenas, a expensas de la coca; porque era natural que un pueblo, que había perdido su rumbo y que desconfiaba de todo cuanto le rodeaba, encontrase apoyo en la hoja amiga que era la única fuente de alegría, el único sostén y la mitigadora de su desesperación. Por eso, se generalizó la costumbre de mascar hojas de coca, para vencer la repugnancia que le producía el trabajo en el campo otrora propio y que después resultó ajeno; para emprender el viaje por una finalidad que no le interesaba, y que en muchos casos constituía la ausencia definitiva de su lar y de su familiar; y, la usó también, para avizorar en algo su porvenir inseguro, sujeto sólo al capricho de quienes acataban las leyes pero no las cumplían. Y de esta manera, por el exceso, la hoja que daba fuerza, se convirtió en el vicio degenerador.

De idéntico modo ocurrió con algunos alimentos. Así, la chicha de maíz que alegraba las fiestas a la par que sustentaba, fué sustituida por el alcohol de caña que embriaga, hace perder la conciencia y en-vice. Los campos de maíz en el primer momento fueron convertidos en cultivos de trigo, rápidamente cedieron su puesto a los cañaverales, y durante toda la Colonia y casi hasta nuestros días, muchas pequeñas aldeas se convirtieron en haciendas productoras de ron. Por eso, el pueblo, crónicamente alcoholizado, soportó largo tiempo la opresión; y, cuando vino la independencia, las buenas cosechas de caña de azúcar dieron paso a los pronunciamientos, cuartelazos y revoluciones.

Fueron pues, coca y caña, las que permitieron ampliar el sojuzgamiento del poblador, hasta pasar del dominio de la libertad corporal al dominio de las conciencias individual y colectiva, con la siguiente inferioridad, postración y falta de personalidad, que han caracterizado a las actitudes de la nación, hasta hace poco tiempo. (Aplausos).

Pero el Congreso Económico Nacional planteará y resolverá el porvenir de la coca y del aguardiente, racionalizará su consumo hasta devolver a la coca su función benéfica y estimulante y a la caña su primordial cualidad de producir azúcares baratos para alimento del pueblo, el que así, en vez de bebidas enervantes, tendrá comidas agradables.

Los antiguos técnicos de la textilaria, la cerámica y la talla fueron suplantados por burdos tejedores, olleros sin arte y albañiles que trabajaban en barro. Los mantos suntuosos bordados, cedieron sus puestos a los vestidos de telas bastas, sin elegancia. Pero, cuando por el estudio planificado, despertemos las dormidas aptitudes de los artistas y obreros, otra vez el equilibrio del color y la gracia decorativa del bordado adornarán la indumentaria nacional; las artes plásticas readquirirán su fisonomía, cargada de motivos singulares; y al arquitectura brindará comodidades a la par que seguridad en las viviendas, que, a

la antigua solidez de las rocas, sumarán el confort y la higiene de la técnica contemporánea.

La importante vertebración que los cuatro grandes caminos que partían del Cuzco significaron para el Imperio, desapareció con el choque de la Conquista. El viaje que en pocos días realizó Hernando Pizarro de Cajamarca hasta Pachacamac, prueba en forma concluyente el alto rendimiento de las vías incásicas, pero, la falta de conservación y la utilización de la vía marítima como camino longitudinal, determinaron la pérdida del camino del Contisuyo. El Camino del Chinchaisuyo se conservó fragmentadamente rompiéndose la armonía, entre el Norte, el Centro y el Sur del país; y, el horizonte geográfico de la Nación, en vez de integrar un gran todo con clara visión de su unidad, se atomizó en multitud de pequeños valles de cara a un mar ignoto que conducía a la patria de los usurpadores, retrotrayéndose así la Historia Nacional a una edad primitiva de pequeñas parcialidades en behetría, si no cruenta, por lo menos espiritual, lo que ha sido causa del regionalismo y de las banderías perniciosas.

Pero otra vez las grandes carreteras restauran el camino longitudinal de la Costa sobre las mismas e infinitas tangentes que trazaron los antepasados; la longitudinal andina permitirá viajar de Ayabaca al Cuzco y a Puno; y, superando la tarea ancestral, llegaremos a las selvas por el camino del Antisuyo que planearon los Incas. Quedará así unificado el territorio: nuestros hombres conocerán el país; podrán soportar todos los climas; apreciarán todas nuestras riquezas, y enamorados de nuestro patrimonio, rendirán culto respetuoso a la imagen de la Patria, trabajando tesoneramente para crear la nueva riqueza que a todos nos ha sido ofrecida y nos será otorgada. (Grandes aplausos).

Las grandes ciudades y los pequeños pueblos que se habían ubicado en seguros emplazamientos, sabiamente elegidos por quienes conocían la Topografía, de suerte que no hubiera riesgo de inundación o derrumbamiento, fueron desplazados generalmente a orillas de los ríos por donde cruzaban los caminos de herradura construidos durante la Colonia. Como consecuencia de ello, repetidas veces, las avenidas y huaycos destruyeron los centros urbanos o impidieron el desarrollo de los mismos. Y por esta causa se detuvo el progreso urbano, mermándose el interés por la ciudad que hubiera sido el mejor modo de incorporar a la población indígena. Dan testimonio de nuestras palabras la existencia de ruinas y de pueblos semi-abandonados en las cumbres y eminencias, y próximos a ellos, a la vera de los caminos, las fundaciones hispánicas y las recientes que como acabamos de indicar, carecen de buenas condiciones geográficas.

Pero ha llegado la hora en que un inventario cabal de nuestras posibilidades urbanas será llevado a cabo, una reglamentación científica decidirá la ubicación de los futuros pueblos, y ya no lloraremos por catástrofes destructoras, aprovecharemos el ejemplo que ofrecen

las dolorosas devastaciones de tantos pueblos ribereños y buscaremos afanosos, emplazamientos gratos, seguros y salubres, para sede de las urbes del porvenir. (Aplausos).

La innúmero población que cubría todo el territorio cultivándolo con esmero, protegiéndolo contra la erosión, reforestándolo, irrigándolo y decorándolo con casas y sembríos, fué disminuída rápidamente por las causas directas de la Conquista y por las plagas que involuntariamente vinieron con los invasores desde que pisaron tierras americanas: Huayna Capac sucumbió de viruelas antes de la Conquista. La escarlatina, el sarampión, y otras epidemias, diezmaron a los habitantes que carecían de inmunidades contra ellas. Y el más valioso tesoro de la Patria, el capital humano, se redujo tanto que, hasta hoy, a pesar de haber transcurrido varios siglos, tenemos un territorio despoblado e inaprovechable. De ahí que nuestra tarea tendrá por objeto alcanzar la plena protección a la vida y a la salud, a fin de que se logren las generaciones, se reduzcan los índices de morbilidad y mortalidad y podamos incrementar en millones de hombres robustos y capaces la población del Perú. (Aplausos).

Triste es afirmarlo, pero no queda otra alternativa: La República, hasta hace poco, sólo ha sido la supervivencia del régimen colonial, empeorada por la falta de una autoridad central, temida aunque lejana. Los amos de otros días debían rendir cuentas y podían ser removidos; los caudillos republicanos eran supremas autoridades y si bien algunos pagaron con la vida su osadía la impunidad era el ambiente en que de ordinario se deslizaba la función pública. Las leyes democráticas que midieron con pies iguales a individuos absolutamente desiguales como consecuencia de la continuación del régimen feudal, no produjeron el bienestar que era de esperarse: la instrucción se limitó a unos pocos, la administración pública se circunscribió a muy pocas instituciones ineptas para llegar a todos los ámbitos del territorio; los servicios públicos no traspasaron los muros de unas pocas ciudades capitales y los beneficios de la civilización y del progreso fueron el patrimonio de los escogidos. Y así, las buenas normas de nuestras Constituciones siguieron siendo letras muertas y la desigualdad se puso de manifiesto porque ya no existían Conquistadores y conquistados, sino hermanos prósperos y hermanos postergados. Y por esta causa, hasta hoy, se habla por rutina y sin apreciar el fondo de injusticia que ello comporta, de "indígenas", tal como lo hacían los peninsulares al referirse a los descendientes del Tahuantisuyu. (Grandes aplausos).

De esta manera no ha sido posible en la República lograr un sentido integral de la Patria: Hay varios centenares de miles de selvícolas que carecen de toda noción cívica y viven en el imperio de su ignorancia y nomadismo. Más de tres millones de campesinos de piel bronceada esperan resignadamente el apoyo del poder central, y millones de mestizos, en las ciudades son los integrantes del proletariado

y de la clase media, mientras los capitales, las fábricas y las grandes empresas pertenecen a muy pocas personas que si es verdad por medio de sus organismos dan ocupación y trabajo a un buen número de personas, las condiciones de vida a las que están sujetos conforme al salario que perciben, son de clamorosa injusticia.

Un nuevo sol debe brillar, sol que unifique a todos los peruanos dándoles acceso a la riqueza, la comodidad, la cultura, la salud y las responsabilidades de la función pública. Un sol radiante de fe y de esperanza. De fe en la grandeza de la Patria y de esperanza en la justicia y la felicidad de nuestros hijos. (Grandes aplausos). Y en este advenimiento el Congreso Económico Nacional serán los oídos y los ojos y los detectores que perciban las más recónditas urgencias del cuerpo paltitante de la Nación. Contemplaremos cara a cara a cada uno de nuestros problemas. Miraremos con los ojos abiertos nuestra realidad y no a través de espejismos desfiguradores. Así nos regirán las leyes que nos corresponden: Nuestra política será nuestra y no importada. Sabremos cuántos somos. Conoceremos qué tierras, qué plantas y animales constituyen nuestras reservas; cómo se trabaja y aprovecha de ellos. Qué elemento de la Naturaleza debe ser puesto a nuestro servicio; qué erosión debe ser contenida; qué desierto debe ser amarrado y no nos detendremos a lamentar los tesoros perdidos sino a crear otros nuevos. Qué recursos acuíferos ofrecen nuestros ríos; qué recursos eléctricos hay condenados en sus corrientes; qué vida hay en las aguas y en los bosques; qué relación hay entre el riego de los campos costaneros y la abundancia ictiológica marina. Estableceremos con conocimiento exacto qué debemos producir, cuánto debemos producir, y todos los hombres competentes, todas las inteligencias luminosas, todos los pacientes y constantes, tendrán el puesto adecuado en el manejo de la gran maquinaria de la Patria al servicio de la felicidad pública. (Grandes aplausos).

El Congreso Económico Nacional será una institución fundamental, será el creador de la riqueza y el ordenador del pensamiento político nacional de acuerdo con nuestro Espacio-Tiempo Histórico Peruano, y ni siquiera por ensayo usaremos en el porvenir las recomendaciones de Londres, de Berlín o de Moscú. (Aplausos). El Perú planteará sus problemas para resolverlos con sus propias soluciones. Y así este Parlamento al organizar el Congreso Económico Nacional para el cual a todos pido el voto aprobatorio, habrá creado la maquinaria que necesitamos con la que han soñado las conciencias patrióticas y cuyo proyecto constituye el mayor galardón de mi Partido. (Grandes y prolongados aplausos).

Emp. Gráf. T. Scheuch, S. A.

U.N.M.S.M. BIBLIOTECA CENTRAL



000000187855